

Otro fin del mundo es posible Servigne, Stevens y Chappelle

De la colapsología a la colapsosofía:
cómo vivir el colapso de la civilización
termoindustrial de forma inteligente



arpa

OTRO FIN DEL MUNDO ES POSIBLE

Pablo Servigne, Raphaël Stevens
y Gauthier Chapelle

OTRO FIN DEL MUNDO
ES POSIBLE

Traducción de Jordi Giménez Samanes

Prólogo de Dominique Bourg

Epílogo de Cyril Dion

arpa

Título original: *Une autre fin du monde est possible*

© del texto: Éditions du Seuil, 2018

© de la traducción: Jordi Giménez Samanes, 2018

© del prólogo: Dominique Bourg, 2018

© del epílogo: Cyril Dion, 2018

© de esta edición: Arpa & Alfil Editores, S. L.

Primera edición: octubre de 2022

ISBN: 978-84-18741-75-3

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Anna Juvé

Maquetación: Àngel Daniel

Producción del ePub: booqlab

Arpa

Manila, 65

08034 Barcelona

arpaeditores.com

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

SUMARIO

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN. APRENDER A VIVIR CON ELLO

PRIMERA PARTE. VOLVER A LEVANTARSE

I. Soportar las ondas de choque

II. Recobrar el sentido

III. Seguir adelante

SEGUNDA PARTE. DAR UN PASO A UN LADO

IV. Integrar otras maneras de saber

V. Abrirse a otras visiones del mundo

VI. Contar otras historias

Interludio. Una puerta de entrada...

TERCERA PARTE. COLAPSOSOFÍA

VII. Entretejer vínculos

VIII. Crecer y pacificar

CONCLUSIÓN. ¿APOCALIPSIS O *HAPPY COLLAPSE*?

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

*A los supervivencialistas, colapsonautas,
zadistas y otros activistas de la Tierra,
por no perder el valor.
A Joanna Macy, Ursula K. Le Guin
y Constance de Polignac.
A Antoinette R., Laurie L.-M. y Géraldine R.
A Hugo, Antoine y David S. Buckel.
Al micelio que crece...*

«Hay cosas que solo se ven como es debido con unos ojos que han llorado».
HENRI LACORDAIRE

«Hoy día, la humanidad es como un soñador ambulante, atrapado entre los fantasmas del sueño y el caos del mundo real. [...] Hemos creado una civilización *Star Wars*, con una emotividad de la edad de piedra, unas instituciones medievales y una tecnología deificada. [...] Nos turba terriblemente el mero hecho de existir, y representamos un peligro tanto para nosotros como para los demás seres vivos».
EDWARD O. WILSON¹

«Era preciso que cambiáramos por completo nuestra actitud hacia la vida. Teníamos que aprender por nosotros mismos, y además teníamos que enseñar a quienes eran presa de la desesperación que lo importante no era lo que esperáramos de la vida, sino lo que aportáramos a la vida. En lugar de preguntarse si la vida tenía sentido, había que pensar que nos correspondía a nosotros darle un sentido a la vida, cada día y cada hora».
VICTOR FRANKL²

«No creo que podamos corregir nada del mundo exterior que no hayamos corregido antes en nosotros».
ETTY HILLESUM³

«No era tanto un retorno a la tierra como a nosotros mismos. Una experiencia espiritual. Era para sanar, para redescubrirse y afirmarse».
TEE CORINNE⁴

«Dices que no hay palabras para describir esta época, dices que esta no existe. Pero acuérdate. Haz un esfuerzo por acordarte. O en su defecto, inventa».
MONIQUE WITTIG⁵

PRÓLOGO

Me gustaría evocar un recuerdo de lectura a cuyo origen me es imposible remontarme. Nos encontramos en la Provenza galo-romana, hacia finales del siglo iv. Un patricio, propietario de una gran hacienda, vive con orgullo el poder de Roma. La misma campaña de excavaciones nos informa de que, poco tiempo después de que su propietario haya dejado constancia escrita de su orgullo de pertenecer al Imperio, la villa y sus moradores fueron víctimas de una incursión bárbara. Al parecer, los asaltantes lo celebraron con grandes fiestas, en el lugar mismo, y brindaron por su crimen con el cráneo del antiguo amo de la finca. Quizá sea el lado siniestro de esta historia lo que me impide seguirle el rastro.

Sea como fuere, las élites de entonces, como las de hoy, hacían gala de una mezcla de arrogancia e ingenuidad, junto con un cinismo desbocado. Como hoy, el fin del Imperio conoció un vertiginoso ascenso de las desigualdades. Concedamos, no obstante, que después de siglos de *pax romana*, debía de ser difícil de imaginar algo así como el fin del Imperio. Al igual que a nosotros nos resulta difícil de admitir que, después de siglos de «progreso», la civilización termoindustrial y sus elevadas tasas de crecimiento puedan desmoronarse.

Lector, si has abierto este libro, será que la intuición de un colapso así no te resulta extraña. Yo también la comparto, e incluso estoy convencido de que hemos entrado ya en una dinámica de colapso cuyas manifestaciones morales y políticas son tangibles y lo serán en adelante. En estos años, es un poco el mismo perfil psicológico de dirigente el que tiende a hacerse con el poder, jugando con los miedos y el odio, atizándolos con talento. Odioso y pretencioso a voluntad, embustero y perverso, destructor uno tras otro de los diques que

protegen a sus compatriotas de la violencia del mundo, tanto física como moral, Trump es el parangón de estas nuevas élites dirigentes. Buen número de estos representantes han sido elegidos por votación y acaparan la admiración de determinado tipo de multitud. De este modo, la catástrofe y la dinámica que la conduce son morales antes que físicas. Como en la canción de Serge Reggiani, los lobos, demasiado humanos, han entrado en París porque ya estaban dentro, hasta tal punto el sentido de fraternidad había abandonado la ciudad. La violencia moral precede a la violencia física y la alimenta, pero sobre todo nos ciega y nos deja inermes ante las amenazas físicas anunciadas por la entrada en el Antropoceno.

De ahí justamente la importancia de este libro de Pablo Servigne, Raphaël Stevens y Gauthier Chapelle. La fiesta industrial pronto habrá terminado. Numerosos desafíos vitales, de diferente orden, volverán a ocupar el escenario. El fin de este mundo, y más aún los mundos que surgirán de él, dependerán estrechamente de los vínculos que consigamos establecer y del imaginario que logremos inventar para el futuro más próximo. De modo que este libro es muy valioso, en este sentido. No es un tratado de colapsología, sino de colapsosofía. No tiene por finalidad convencernos de un probable colapso —tal ejercicio ya se ha cumplido—, sino de prepararnos interiormente para afrontarlo, y en cierto modo para superarlo, y ello preparando desde ahora mismo el después, el mundo que, de entre otros mundos posibles, sea conveniente reconstruir sobre principios nuevos.

Habremos conducido a la ruina un amor inmoderado por el Uno, una obstinación por el simplismo en nuestro modo de abordar la realidad. Únicamente el progreso (¿cuál?), la ciencia (¿la de Bayer-Monsanto y sus protocolos *science based*?), el cálculo, el PIB, el crecimiento, la competitividad, la eficacia, el dominio de la materia (¿a qué escala y por cuánto tiempo?), el capital, la libertad (¿cuál?, ¿de quién?, ¿para qué?), la humanidad (¿sola en un mundo mineral?) debían permitirnos construir el Edén aquí abajo. El mundo moderno habrá sido el de los eslóganes unívocos, un mundo de una simplicidad

extrema: lo importante era crecer, sin ninguna otra consideración, desmarcarse de la naturaleza, individualizarse, automatizarse a todos los niveles, ir siempre más deprisa y más lejos... hacia un mundo en el que terminamos por temer la llegada del verano por miedo a asfixiarnos, a ser víctimas de algún acontecimiento extremo; un mundo en el que ver volar un escarabajo Hércules se ha convertido en un fenómeno, en el que las ciudades terminan por constituir refugios de biodiversidad debido al nivel de degradación del campo, en el que las ciencias que todavía intentan comprender el mundo sin querer simplificarlo más aún (las ciencias del clima, de la biodiversidad) dibujan unos horizontes de pesadilla, etc.

¡Basta! Dejemos de rodar por la pendiente de esta modernidad deletérea. Opongámosle nuestra interioridad, nuestras emociones y pasiones, nuestros hijos, nuestros amigos, nuestras redes, nuestra inteligencia y nuestra creatividad. Aprendamos de nuevo a abrazar los meandros de la, o mejor dicho, de las realidades. Aprendamos de nuevo que nuestro mundo es más que aquello que podemos dominar, aunque sea por procuración, o incluso simplemente comprender. Seamos capaces de revitalizarnos con las sabidurías del mundo, sin remedarlas, sin tener miedo de inventar. Sepamos cultivar la y las espiritualidades que nos permitan mantenernos de pie en medio de la tempestad inminente y reconstruir una casa común y abierta.

DOMINIQUE BOURG

Profesor emérito de Filosofía
en la Universidad de Lausana

INTRODUCCIÓN

APRENDER A VIVIR CON ELLO

Parece como si ya no hiciera temblar tanto. La idea de que las catástrofes globales están en marcha está cada vez más admitida hoy día, así como la idea de que tales catástrofes traen consigo la posibilidad de un colapso sistémico global.

Conmociones gigantescas como las de Fukushima, las sucesivas oleadas de refugiados en Europa, los atentados terroristas de París y Bruselas, la desaparición masiva de pájaros e insectos, el voto a favor del Brexit y la elección de Trump han agrietado seriamente el imaginario apacible de continuidad que tranquilizaba a tantas personas.

Uno de los frenos a la pérdida de complejos en torno a esta idea de colapso es la imagen caricaturesca que nos hacemos de ella. Al evocarla, nos vienen a la mente escenas de las películas de catástrofes hollywoodienses, que promueven la visión de un acontecimiento puntual e ineluctable que aniquila de golpe todo cuanto conocemos. Tememos ese momento como tememos, al pensar en nuestra propia muerte, el instante del traspaso.

Esto es tanto como olvidar que lo peor de la muerte es sobre todo experimentarla por anticipado, el hecho de ver morir a los demás, o de ver el propio sufrimiento en los ojos del prójimo. El colapso de una civilización no es un acontecimiento (es decir, una catástrofe), sino una concatenación de acontecimientos catastróficos puntuales (huracanes, accidentes industriales, atentados, pandemias, sequías, etc.) con un trasfondo de cambios progresivos no menos desestabilizadores

(desertificación, desajuste de las estaciones, contaminación residual, extinción de especies y de poblaciones animales, etc.).

Contemplamos el colapso de la civilización termointustrial (o incluso más que eso) como un proceso geográficamente heterogéneo que ya ha comenzado, pero que todavía no ha alcanzado su fase más crítica, y que se prolongará con una duración indeterminada. Es algo lejano y cercano a la vez, lento y rápido, gradual y brutal. No afecta tan solo a acontecimientos naturales, sino también (y sobre todo) a confrontaciones políticas, económicas y sociales, así como a hechos de orden psicológico (a modo de convulsiones en la conciencia colectiva).

No se trata tampoco de una predicción al estilo de Nostradamus, ni de la enésima razón para justificar una actitud pasiva o nihilista. No es una moda, ni una nueva marca. Por el contrario, podría tratarse de un periodo al que los historiadores o los arqueólogos de los siglos venideros se referirán y considerarán como un todo coherente, o del que las especies inteligentes del futuro hablarán como de un acontecimiento muy puntual de la historia.

Para los lectores que piensen que cargamos las tintas para llamar la atención, baste recordar lo que decían dos climatólogos en 2011 con ocasión de una conferencia en Oxford a propósito de los objetivos climáticos del siglo (tengamos en mente que las emisiones de gases de efecto invernadero son directamente proporcionales a la actividad económica). He aquí sus recomendaciones: «Los países emergentes deben disminuir sus emisiones de gas de efecto invernadero a partir de 2030, y mantener esa disminución a razón de un 3 % anual. En cuanto a los países desarrollados, deben alcanzar su pico de emisiones en 2015, para reducirlas en un 3 % por año».¹ Si se alcanzan estos objetivos tan ambiciosos (y tenemos ya suficiente perspectiva como para afirmar que no ha sido así), el mundo tendrá *una oportunidad entre dos* de mantenerse por debajo de +4 °C de media en 2100... lo cual es ya monstruosamente catastrófico a escala global. En 2017, las sociedades BP y Shell preveían (internamente, sin informar de ello a

sus accionistas y menos aún al público) alteraciones del orden de +5 °C de media para 2050.²

En la historia reciente, no existe ningún caso en que una sociedad haya sido capaz de bajar sus emisiones en más de un 3 % en un periodo de tiempo muy breve. Tal disminución provocaría, en efecto, una recesión económica inmediata, o bien sería el resultado de un desmoronamiento como el de la Unión Soviética a principios de los años noventa, o el de Venezuela en la actualidad.

Para los otros seres vivos, «además de los humanos» (la fauna, la flora, los hongos y los microorganismos), es la hecatombe: hay poblaciones que no dejan de retroceder, y en el caso de algunas especies, han desaparecido para siempre. Poblaciones como las de los anfibios, los insectos y las aves del campo, los arrecifes de coral, los mamíferos, los grandes peces, los cetáceos... El último rinoceronte blanco del norte se ha extinguido recientemente, sumándose así a la lista de animales imaginarios que ilustran los cuentos que se leen a los niños por la noche.

EL CAMBIO DE RUMBO DE ESTOS ÚLTIMOS AÑOS

Las cifras en torno a las catástrofes son todas ellas fácilmente accesibles, por lo que el objetivo de este libro no es el de añadir más. Lo que nos interesa es el cambio de actitud de la sociedad y su concienciación en estos últimos años.

Un punto de referencia: en 1992, en la Cumbre de Río de Janeiro, más de mil setecientos científicos firmaban un texto común que alertaba a la humanidad acerca del estado del planeta.³ En aquella época se trataba de algo nuevo, e incluso molesto, por lo que otros dos mil quinientos científicos respondieron advirtiendo a la sociedad ante «la aparición de una ideología irracional que se opone al progreso científico e industrial».⁴ Veinticinco años más tarde, 15.364 científicos de ciento ochenta y cuatro países firmaban un artículo conjunto que explicaba que, si no se tomaban medidas rápidas y

radicales, la humanidad estaba amenazada de extinción.⁵ La carta quedó sin respuesta. Ya no hay debate. Pero ¿cuál es la naturaleza del silencio subsiguiente? ¿Estupor? ¿Cansancio? ¿Desinterés?

Por el lado de las élites dirigentes, las lenguas se sueltan discretamente. En el transcurso de las intervenciones que los tres realizamos en los medios políticos y económicos, nos sorprende el hecho de no vernos ya cuestionados en nuestras afirmaciones. En público, el escepticismo simplemente ha dado paso a la impotencia, y a veces al deseo de encontrar escapatorias.

Por el lado de los más ricos de este mundo, muchos se atrincheran tras sus *gated communities*, esas zonas residenciales de lujo, provistas de sistemas de alta seguridad.⁶ También abandonan las grandes ciudades: en 2015, tres mil millonarios se marcharon de Chicago, siete mil de París y cinco mil de Roma. No todos huyen de los elevados impuestos, muchos de ellos se sienten realmente angustiados por las tensiones sociales, los atentados terroristas, o por las iras de una población consciente de las injusticias y desigualdades.⁷ Como reconocía Robert Johnson, exdirector de los Fondos Soros, con ocasión del Foro Económico de Davos, numerosos gestores de fondos especulativos compran granjas en países apartados como Nueva Zelanda, en busca de un «plan B», con sus jets privados al alcance de la mano y preparados para el despegue.⁸ Otros, al abrigo de las miradas indiscretas y en todos los continentes, se construyen gigantescos y lujosos búnkeres subterráneos *high-tech* para proteger a su familia de cualquier tipo de catástrofe.⁹

Todo esto ilustra lo que el filósofo y sociólogo Bruno Latour describe como un acto de secesión por parte de una categoría muy acomodada de la población que, consciente de los riesgos y de lo que está en juego, intenta salvar la propia piel sin preocuparse por la suerte del resto del mundo.¹⁰ Retomando su metáfora del avión y las dificultades para aterrizar, podemos decir que hemos entrado en una zona de fuertes turbulencias. Las alarmas se encienden, las copas de champán se vuelcan, la angustia existencial retorna. Algunos abren las

ventanillas, ven una noche negra cruzada de relámpagos y vuelven a cerrarlas enseguida. En la parte delantera del aparato, se aprecia a algunas personas de primera clase poniéndose sus dorados paracaídas. Pero ¿qué hacen? ¿Es que van a saltar en medio de la tempestad? Las clases de la zona trasera se vuelven entonces hacia los miembros de la tripulación y les piden paracaídas, sabiendo perfectamente que su solicitud no va a ser atendida. Por toda respuesta, les ofrecen un pequeño refrigerio, les proponen ver una película, artículos *duty free*...

SOBREVIVIR... ¿ESO ES TODO?

Frente a estos anuncios catastróficos, se da la frecuente (y lógica) reacción de empezar a prepararse pensando en los aspectos materiales. ¿Cómo obtener alimentos cuando las tiendas dejen de proveernos? ¿Cómo beber agua potable cuando el grifo deje de funcionar? ¿Cómo calentarnos sin fuel, gas natural ni electricidad? No es difícil encontrar información sobre estos temas, hay miles de libros disponibles, algunos de ellos en francés.¹¹

En términos generales, el supervivencialismo designa esta «reacción a la ansiedad ambiente»¹² que orienta la preparación para las grandes catástrofes a través de la búsqueda de autonomía, es decir, de independencia con respecto a los sistemas de suministro industrial. Durante los últimos años, este movimiento proteiforme se ha desarrollado de modo fulgurante. Pero el término «supervivencialista» reúne posturas y realidades tan diferentes que cuesta ya de utilizar. Así, con anterioridad a los años ochenta, se designaban como supervivencialistas las comunidades ecologistas afines más bien a la izquierda política que se preparaban para un invierno nuclear.

Hoy en día, el supervivencialismo alude también a personas deseosas de aprender a vivir en un medio natural, o a grupos que buscan una autonomía a través de una postura de repliegue, de rechazo y resentimiento hacia las instituciones oficiales, y/o hacia toda

persona extraña que pudiera amenazar su soberanía. Próximos a veces a la extrema derecha, estos últimos no constituyen unanimidad en el seno del movimiento y dañan la reputación del supervivencialismo. Se forma así un círculo vicioso, puesto esta etiqueta se utiliza más para desacreditar que para describir algo, lo cual refuerza más aún la desconfianza y la secesión de ciertos grupos supervivencialistas.

No se trata de realizar en este momento un análisis psicológico, sociológico o histórico del supervivencialismo. Simplemente, la idea que mucha gente se hace de este movimiento, ya caricaturizada, ya estereotipada, permite presentar tres aspectos de nuestro libro, que introducimos aquí a través de diversas historias.

Recordarán a Robinson Crusoe, el protagonista de la novela de Daniel Defoe publicada en 1719. Habiendo perdido el rumbo a consecuencia de un huracán, su navío naufraga en América del Sur, no lejos de la desembocadura del río Orinoco. Se encuentra solo, como único superviviente, en una isla desierta a la que da el nombre de Despair Island, «Isla de la Desesperanza». Contra el infortunio, Robinson consigue construirse una vivienda, confeccionar un calendario, cultivar trigo, cazar, criar cabras y fabricar sus propios utensilios. Los caníbales irrumpen regularmente en la isla para matar y comerse a sus prisioneros. Cuando uno de ellos logra escapar, Robinson lo acoge y se hacen amigos. Había algo que Robinson encontraba a faltar desesperadamente: las relaciones humanas.

La pirámide de las necesidades, llamada pirámide de Maslow, es una teoría de la motivación elaborada en la década de 1940.¹³ Esta teoría señala que las necesidades del ser humano son en primer lugar fisiológicas (hambre, sed, sueño, respiración, etc.); vienen a continuación las necesidades de seguridad, luego las de pertenecer a un grupo y las del amor, luego las de autoestima, y finalmente, en lo alto de la pirámide, las de realización personal. La postura supervivencialista pone el acento fundamentalmente en la base, en los dos primeros niveles de la pirámide (el fisiológico y el de seguridad), a modo de una especie de prolongación lógica y caricaturesca del

pensamiento moderno. Podría verse en ella el reflejo de un mundo materialista, individualista, separado de la naturaleza y en lucha permanente, que busca los mejores medios posibles (esto es, materiales) para vivir en un mundo poblado por competidores potenciales y seres vivos de los que en definitiva no se sabe demasiado. En este mundo, el alimento, la leña para calefacción y las armas son evidentemente la vía de salvación.

Comparemos ahora dos fábulas. La primera hace referencia al símbolo de la red supervivencialista francesa, la hormiga, que es la de la fábula de La Fontaine. La hormiga se pasa el verano almacenando víveres en previsión de los tiempos difíciles, mientras suporta las burlas de las cigarras, que no entienden por qué habría que preocuparse de nada mientras el petróleo siga manando a borbotones... Pero la hormiga aprieta los dientes. Acumula cierto resentimiento y se deleita por anticipado con el placer que le reportará mandando a paseo a esas hordas de cigarras hambrientas (y urbanitas) cuando le imploren, demasiado tarde, el perdón y la piedad. ¡Una venganza bien merecida!

La otra fábula es la de los tres cerditos. Los tres se preparan para la llegada del malvado lobo feroz con mayor o menor rigor, y cada cual con su diferente visión de la amenaza. Cuando el lobo destruye las dos casas más frágiles, los dos primeros cerditos (que han venido a convertirse en cigarras) corren a buscar refugio a la casa de su hermano supervivencialista... que les abre la puerta. Por supuesto, se halla en situación de poder recriminarlos con un: «¡Ya os lo había dicho!», pero ello no les impide compartir acto seguido una comida perfectamente fraterna. ¿Cuál es la diferencia entre las dos fábulas? El sentimiento de fraternidad *antes* de la catástrofe.

Una última historia permitirá dar una capa de color suplementario a nuestra intención. La cuenta nuestro amigo Kim Pasche, que organiza desde hace años estancias de inmersión en la naturaleza. A pesar de sus increíbles competencias, rechaza la etiqueta de supervivencialista, y cuenta con malicia: «Si ponéis a diez

supervivencialistas en un bosque durante varios meses, se matarán entre ellos y destruirán el bosque. Si ponéis en el mismo bosque a diez amerindios, no solo el bosque estará más hermoso y será más productivo, sino que además habrán establecido una tribu, una verdadera comunidad de seres humanos que convivirá en estrecho vínculo con los demás seres vivos».¹⁴

Naturalmente las necesidades fisiológicas y de seguridad son importantes. Quien esté pensando en prepararse y no las tome en consideración solo es consciente a medias. Sin embargo, la supervivencia es un estadio de precariedad, pasajero. Es un «catálogo de datos sin visión».¹⁵ Podemos sobrevivir unos días, unas semanas, pero ¿y después? Lo malo es que si mantenemos esta actitud materialista y (preventivamente) agresiva en el momento de la gran catástrofe, con la perspectiva de sobrevivir unas semanas, podemos apostar firmemente a que en un año habremos muerto todos.

Estas cuatro historias sirven para resaltar la razón de ser de este libro: el deseo de prepararse para vivir las consecuencias de las catástrofes en curso y las venideras buscando prioritariamente los vínculos entre los seres humanos, los vínculos con los demás seres vivos no humanos, y un sentido a todo esto. La pirámide de Maslow probablemente se invierte para ciertas personas que no consideran la posibilidad de seguir viviendo si va a faltarles el sentimiento de realización, de autoestima, de confianza, de amor, o motivos para compartir la vida. De modo que quizá habría que hablar de «mesa de Maslow»,¹⁶ en que cada una de las patas sería indispensable para el equilibrio global de la persona...

Cultivar un huerto en el jardín, aprender a prescindir de las energías fósiles o preparar a la familia para situaciones de urgencia es ciertamente necesario, pero eso no basta para «formar una sociedad», es decir, para hacer de nosotros seres humanos. Como dice la psicóloga Carolyn Baker: «En el fondo, una sociedad de supervivencialistas en ciernes emocionalmente miopes, ¿podría

producir algo que no fuera una cultura aterradora e inhumana parecida a la de *Un mundo feliz*, de Huxley?».¹⁷

No deseamos ver cómo se prolonga una sociedad violenta que selecciona a los individuos más agresivos. Querer vivir más allá de las convulsiones, y no simplemente sobrevivir a ellas, es ya comenzar la preparación con una actitud diferente, una intención de compartir con alegría y de vivir en fraternidad.

DE LA UTILIDAD DE UNA RAMA DE LA COLAPSOLOGÍA VUELTA HACIA EL INTERIOR

Después de haber sintetizado los elementos factuales de la constatación de la posibilidad de un colapso en un primer libro (*Colapsología*, Arpa, 2020), vemos cómo se presentan diferentes vías a los colapsólogos deseosos de avanzar. La cuestión más importante (aunque no la más urgente) es, nos parece, la de la acción colectiva, es decir, la elaboración de propuestas políticas realistas, audaces y enérgicas. No obstante, antes de actuar, e incluso antes de proponer pistas de acciones, quedan todavía cosas por comprender y un camino interior por recorrer. Al fin y al cabo, hay muy pocas obras que aborden los aspectos psicológicos del cambio climático o de las demás catástrofes globales.¹⁸

Un desafío inmenso se alza ante nosotros. Interesarse por estos temas en sus aspectos científicos o sociológicos implica cierto riesgo para la salud mental. En cuanto a las personas que se meten de lleno en la cuestión hasta hacer de ella el eje central de su vida, se enfrentan (y lo harán por mucho tiempo aún) a exigencias muy grandes, tanto psicológicas y en sus relaciones con los demás, como con respecto a su compromiso social y político.

Quienes se preparan «no encontrarán la prueba fácil, pero corren menos peligro de sucumbir a la crisis que quienes rehúsan pensar en ello».¹⁹ Entre la persona dispuesta a la acción y aquella que se mantiene en una postura de negación, se abre todo un abanico de

personas con dificultades: las que pasan físicamente por pruebas catastróficas, las que sienten que hay algo que no va bien pero no encuentran las palabras (disonancia cognitiva débil), las que saben pero no consiguen actuar en correspondencia con sus ambiciones (disonancia cognitiva aguda) y las que saben y actúan, pero se agotan o se desaniman.

A lo largo de estos años de interrelación con el público, hemos llegado a la misma constatación que la descrita por Carolyn Baker, quien ha acompañado a numerosas personas acuciadas por el tema del colapso: una vez se les presenta la revelación, la mayoría no desea profundizar o acumular pruebas materiales suplementarias (aunque en un primer momento pueda ser importante); lo que quieren sobre todo es aprender a vivir con ello. Se han convertido en *colapsonautas*.

Prepararse para este futuro afecta por consiguiente tanto a los aspectos materiales y políticos como a los aspectos relativos a los dominios psicológico, espiritual, metafísico y artístico. Las cuestiones que plantean las catástrofes son inconmensurables. Si uno quiere seguir pensando en el colapso, intentar actuar, dar sentido a la vida, o simplemente continuar levantándose por la mañana, es importante no volverse loco. Loco de aislamiento, loco de tristeza, loco de rabia, loco por pensar demasiado o loco por continuar con su pequeña rutina diaria fingiendo no ver.

Algunos consideran que esta dimensión psicológica se dirige a las mujeres o es un lujo reservado a unos ciudadanos frágiles que no han conocido más que la comodidad. No es nada de eso. Es una dimensión primordial y concierne a todas las clases sociales, a todos los pueblos, a todas las culturas. ¿Qué le diremos a un sudanés que padece de ansiedad o de estrés postraumático en un campo de refugiados de Libia o de Calais? ¿Que sus sufrimientos son desdeñables? ¿Qué le diremos a la familia de un joven estudiante belga hipersensible que se suicida por un exceso de lucidez? ¿Cómo ayudar al ingeniero responsable de la perforación de un pozo petrolífero, que duda en volver al trabajo todas las mañanas después de dar un beso a sus

hijos? ¿Cómo conservar una moral de acero, como zadista, cuando después de inventar nuevas maneras de vivir en un territorio recibe apisonadoras y granadas a modo de respuesta?

El objetivo de la colapsología no es el de enunciar unas certezas que derrumben toda expectativa de futuro, ni el de realizar pronósticos precisos, ni el de encontrar «soluciones» para «evitar un problema», sino aprender a convivir con las malas noticias y con los cambios que anuncia, sean bruscos o progresivos, con el fin de ayudarnos a encontrar las fuerzas y el ánimo para hacer de todo ello algo que nos transforme, o como diría Edgar Morin, que nos metamorfosee.

HACIA LA COLAPSOSOFÍA

Entre la comunidad de los *collapsniks* (blogueros de éxito del mundo anglófono que descifran los signos del colapso por venir), el canadiense Paul Chefurka sobresale por su talento de pedagogo sobre temas complejos.²⁰ Nos ha legado también una escala sobre la toma de conciencia, muy simple pero clarificadora.²¹ «Al tratar de nuestra comprensión de la crisis mundial actual —dice—, cada uno de nosotros parece situarse en algún punto de una concienciación que debe entenderse como un continuo y que podríamos dividir someramente en cinco etapas».²²

En la etapa 1, la persona no parece ver que exista un problema fundamental. El problema, en todo caso, sería el de que no haya bastante de lo que ya hay: crecimiento, empleo, remuneración, desarrollo, etc.

En la etapa 2, se da la toma de conciencia de la existencia de un problema fundamental (a elegir entre temas tales como el clima, la superpoblación, el pico del petróleo, la contaminación, la biodiversidad, el capitalismo, la energía nuclear, las desigualdades, la geopolítica, las migraciones, etc.). Este «problema» acapara la

atención de la persona, que cree sinceramente que «resolviéndolo» todo volverá a ser como antes.

En la etapa 3, la toma de conciencia se amplía a diversos problemas fundamentales. Las personas que llegan a este estadio se pasan el tiempo estableciendo una jerarquía entre las diferentes luchas y convenciendo a los demás de determinadas prioridades.

En la etapa 4 pasa lo que no podía dejar de pasar: la persona toma conciencia de la interdependencia existente entre todos los «problemas» del mundo. Todo se presenta como desesperadamente sistémico, o lo que es lo mismo, irresoluble por parte de unos pocos individuos o a través de «soluciones» milagrosas, y fuera del alcance de la política tal como se concibe actualmente. «Las personas que llegan a este estadio tienden a retirarse a círculos restringidos de personas con puntos de vista similares, para intercambiar ideas y profundizar en la comprensión de lo que acontece. Estos círculos son necesariamente pequeños, ya que el diálogo personal es esencial una vez llegados a tal profundidad en la exploración, pero también porque, simplemente, no mucha gente alcanza este nivel de comprensión».

Finalmente, en la etapa 5, la persona cambia irremediamente de punto de vista. Ya no se trata de un «problema» que requiera «soluciones», sino de un *predicament* (en inglés, una situación inextricable que nunca podrá resolverse, como pueden ser la muerte o una enfermedad incurable) que invita más bien a adoptar vías alternativas para aprender a vivir con ello, lo mejor posible. Uno se da cuenta entonces de que la situación engloba todos los aspectos de la vida y que va a transformarnos profundamente. Puede aparecer el sentimiento de verse totalmente superado, ante la perspectiva de un entorno que no muestra ningún interés, de un sistema-mundo que sigue su propia inercia y de un sistema-Tierra que sufre intensamente. Todo, o casi todo, pide un replanteamiento, lo cual no solo es agotador, sino que puede alejarnos de un entorno afectivo y apacible.

«Para aquellos y aquellas que alcanzan el estadio 5, el riesgo de depresión pertinaz es real».

Hay dos maneras (no exclusivas) de reaccionar ante esta situación desagradable, comenta Chefurka. Uno puede optar por una vía «exterior»: la política, las iniciativas de transición, la instauración de comunidades resilientes, etc.; o bien por una vía «interior», más espiritual. Esta última no significa forzosamente adherirse a una religión, al contrario. «La mayor parte de las personas que he conocido, de las que han elegido una vía interior, conceden tan poca utilidad a la religión tradicional como sus homólogos de la vía exterior otorgan a la política tradicional».

En el seno de este paisaje de metamorfosis, la colapsología es el análisis y la síntesis transdisciplinar de numerosos trabajos emprendidos sobre esta situación inextricable global. Es un proceso de apertura y de descompartimentación de las disciplinas, que resume bien la frase de Spinoza: «No burlarse, no lamentarse, no detestar, sino comprender».²³ Podría llegar a ser una disciplina científica por sí misma, pero no sería verdaderamente oficial hasta que las universidades crearan departamentos de colapsología, y hubiera estudiantes e investigadores titulares que obtuvieran financiación, propusieran coloquios y fundaran un eventual *Open Journal of Collapsology* (con su comité de lectura)...

Esta iniciativa colapsológica, fundamentalmente racional, es necesaria, por cuanto permite disipar brumas y, para muchos, conservar la credibilidad frente a las personas sensibles a la cuestión pero no convencidas todavía. Con todo, está lejos de ser suficiente, pues no nos dice qué hacer, ni cómo distinguir lo bueno de lo malo, ni cómo cultivar convicciones poderosas, valores seguros, una imaginación prolífera y un deseo firme de colectividad. Las herramientas científicas son apropiadas, pero no bastan para abarcar un tema tan inconmensurable como un colapso (y que incluye también el colapso de los sistemas de pensamiento). Dicho de otra forma,

llegados a la etapa 5 de la toma de conciencia, *la colapsología ya no basta*.

A lo largo de estos últimos años, nuestra metodología científica se ha enriquecido con un enfoque sensible, que nos ha llevado a adentrarnos en cuestionamientos éticos, espirituales y metafísicos. Pensamos que también esto forma parte del botiquín de primeros auxilios que habrá que abrir en caso de tormenta de duración indeterminada. En su libro *Una nueva Tierra*,²⁴ Dominique Bourg no dice otra cosa: la única opción que nos queda es la de repensar nuestra manera de ver el mundo, esto es, de estar en el mundo.

Proponemos denominar «colapsosofía» (de *sofía*, «sabiduría») al conjunto de comportamientos y posicionamientos que derivan de esta situación inextricable (de los colapsos que tienen lugar y de un posible colapso global), y que se salen del estricto dominio de las ciencias. El mismo proceso de apertura y descompartimentación que postulamos con respecto a la colapsología lo encontramos aquí en una apertura más amplia hacia las cuestiones éticas, emocionales, imaginativas, espirituales y metafísicas. No queremos elegir bando, sino buscar los aspectos complementarios y los vínculos que pueden establecerse entre todos estos dominios para ayudarnos en las transformaciones exteriores e interiores.

Somos conscientes de que este proceder no es el habitual en el mundo científico y político (o en todo caso no suele abordarse abiertamente) y que suscita tanta incomodidad como entusiasmo. Pero nos parece indispensable. Tal como lo resume el escritor John Michael Greer: «El reconocimiento de que estas dos transformaciones, exterior e interior, funcionan en paralelo y deben desarrollarse simultáneamente era la pieza que faltaba en los movimientos ecologistas de los años setenta».²⁵ Es más, según él: «La dimensión técnica de nuestra deplorable situación es menos importante que la dimensión interior, puesto que mientras no abordemos esta última, seguiremos condenados a agravar nuestra situación».²⁶